

Desde Jung: El valor de la crisis de la media vida

Jorge G. Hidalgo González

RESUMEN

Este artículo enfoca el proceso del envejecimiento desde la perspectiva de Carl G. Jung, el siquiatra suizo (1875-1961). Se analiza la diferencia entre la primera mitad de la vida y la segunda, con particular énfasis en la crisis de la media vida. Se destaca el valor de la comprensión del inconsciente y la necesidad de entender la enantiodromia, para no acarrear hacia la vejez los problemas de la juventud. También se hace un llamado a hacer notar la necesidad de una psicología propia del envejecimiento, autónoma y separada del enfoque de la juventud. Pero, por otro lado, el autor alienta a comprender la vida como un todo, como una continuidad.

Introducción

Las Naciones Unidas, en la resolución número 46 de 1991, adoptó "Los principios de las Naciones Unidas para los mayores adultos". Estos lineamientos se refieren a la autonomía, la participación, los cuidados, la satisfacción propia y la dignidad de las personas adultas mayores. Este logro, es indicativo de que las naciones del planeta, se han sensibilizado a las demandas tan particulares que caracterizan a la población mayor de 60 años de edad.

Precisamente, uno de los primeros siquiatras en abogar por la necesidad de una psicología propia de la "segunda mitad" de la vida, fue Carl Gustav Jung. Nacido el 26 de julio de 1875 en Kesswil, Suiza, otrora discípulo y seguidor de Sigmund Freud, Jung se distanció de su maestro en varios puntos esenciales, en relación a su enfoque sobre el ser humano. Defendió y argumentó con denuedo sus tesis, hasta su muerte, acaecida el 6 de junio de 1961, a los ochenta y seis años de edad. No sin antes dejarnos, un amplio legado de más de cien obras dedicadas a un escolasticismo exqui-

sito y una erudición extraordinaria, en las que Jung trató de explicar su visión del "alma" humana, vista desde el punto de vista de su evolución histórica y cómo las energías inconscientes se habían manifestado a lo largo de ese proceso, en una reciprocidad reguladora y compensatoria dialéctica con la consciencia. Ese acervo de conocimiento va más allá de la psicología. Es una arqueología de las ideas, es una filosofía de la vida y es un estudio de las formas simbólicas míticas que constituyen la herencia de la humanidad. El pensamiento de Jung es antropológico, sociológico y escolástico, del más grueso calibre.

En el pasado, eran los ancianos los que custodiaban esa herencia. Ellos eran los intérpretes de los sueños de la tribu y los guardianes de las tradiciones. Estos eran los pilares míticos de los sueños que todos los pueblos han soñado siempre. Tradición que vale la pena rescatar hoy, so pena de creernos desarraigados y considerarnos engreídos por el hecho de creer que el inconsciente colectivo puede ser extirpado y los dioses razonados, y que la experiencia humana de toda una vida es tan sólo vanidad y no vi-

vencia profunda. Muchos hoy, hemos perdido la reverencia que sentíamos antaño por el sufrimiento humano y el significado simbólico y mítico de la vida.

En este artículo, se toman de nuevo las principales tesis de Jung, particularmente aquellas que están relacionadas con la comprensión y el estudio del proceso del envejecimiento humano.

Consciencia e inconsciencia

En su obra póstuma *Erinnerungen Träume Gedanken*--traducida como "Memorias, sueños, reflexiones" y editada después de su muerte por su colaboradora, Aniela Jaffé en 1961--Jung (1989:177) declaró: "Como resultado de mi experimento, aprendí que tan útil puede ser, desde el punto de vista terapéutico, encontrar las imágenes particulares que yacen detrás de las emociones".

El experimento al que se refiere Jung, consistía en hacer yoga para calmarse, porque él reconocía que muchas veces se sentía angustiado. Después de ejercitar, entonces él procedía a ponerle atención a las imágenes y a las voces que brotaban desde su inte-

rior. Jung manifestó, en sus escritos en repetidas ocasiones, que para él era un imperativo poder trabajar en armonía con las emociones que experimentaba su cuerpo, que él trataba de traducir a imágenes. Dicho ejercicio consiste en darle un rostro a los sentimientos, como si los sentimientos brotaran, específicamente, de varios núcleos de energía dentro de cada uno de nosotros.

Para Jung, cada uno de estos núcleos de energía eran tan claramente identificables, que es posible determinar su perfil y su "personalidad". El llegó a estar convencido de la gran autonomía de estos núcleos de energía en la psiquis humana, y siguiendo el ejemplo dado por Platón, les llamó arquetipos.

La palabra "arquetipo" contiene dos raíces fonéticas cuyos orígenes vienen del griego, "arcai" (que significa, viejo, primitivo, antiguo) y "tipo" (que significa, molde, impresión, estampado).

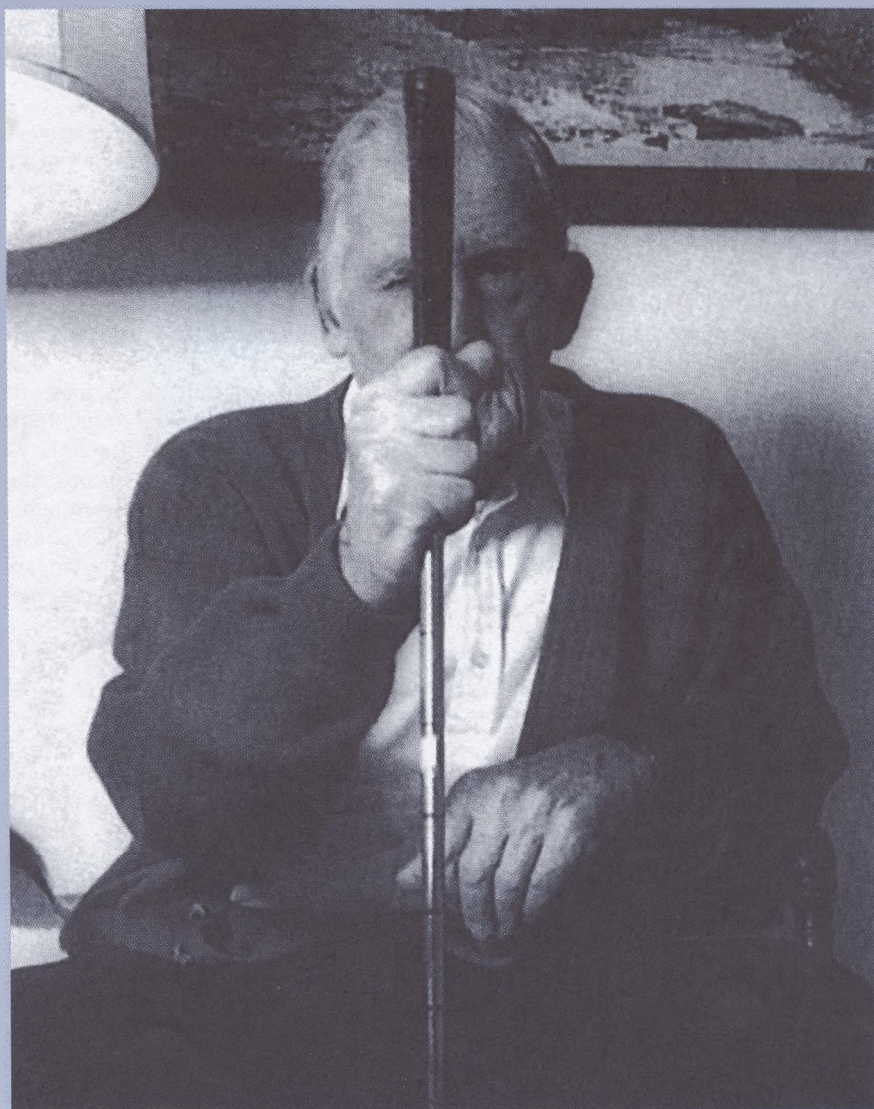
Con estas categorías analíticas, Jung deseaba, por un lado, reconocer la antigüedad de estos núcleos de energía psíquica, y, por el otro lado, su universalidad de acontecimiento. El estaba convencido, de que el espacio que el ser humano brinda, para la manifestación de estas energías, son racionales e irracionales. Por "racional" Jung quiso dar a entender aquellas funciones que el ser humano ejecuta en estado de consciencia, esto es, el acto de percatarse dentro del ámbito de la vigilia o del estado de atención.

Pero, Jung creía que todo acto consciente tiene una simultaneidad fenoménica de índole dialéctica, estos son los actos inconscientes; o sea, aquellos acontecimientos de los que no nos percatamos en nuestro comportamiento, pero que, sin embargo, protagonizamos. Para él, la mejor manera de ponerse en contacto con la parte inconsciente de la personalidad, era por medio de la reflexión. El utilizó un método muy específico, al que llamó "imaginación activa".

Para lograr sintonizar con este proceso de la psiquis humana, Jung sugirió (1984:19) que el individuo desarrolle la capacidad de: (1) observar objetivamente un fragmento fantástico desarrollarse desde lo profundo de la psiquis; (2) poner en jaque las objeciones que lleva a cabo la mente consciente (el ego); (3) poner entre paréntesis la mente consciente; (4) el ejercicio tiene que continuar hasta que la mente consciente aprenda a aflojar y dejar que las cosas ocurran sin ninguna intención de ejercer control sobre ellas.

Las metas son sencillas, pero difíciles de alcanzar: (a) crecer más allá del presente límite personal debido a una

potencialidad desconocida; (b) reconocer que los problemas más fundamentales de la vida no tienen solución, simplemente, se dejan atrás (agua que no has de beber, déjala correr); (c) reconocer que crecer más allá de una problemática de la vida es normal y quedarse atascado es anormal; (d) también reconocer que todas las cosas tienen una potencia, por lo menos en forma embrionaria; (e) que bajo las condiciones propicias ese potencial embrionario puede desarrollarse a plenitud; (f) que los aspectos desconocidos del desarrollo humano pueden venir desde afuera de la psique individual (denominados por Jung, una "experiencia interior", paradójicamente); (g) o que dichos as-



pectos pueden venir desde adentro de la esfera de la psique individual (Jung las denominó un "acontecer"); y, finalmente, (h) muchos de estas "experiencias interiores" o "acontecimientos" dependen del tiempo y no de la voluntad individual.

Jung llegó a estar convencido que era posible para el individuo, tener acceso a la experiencia total de su psique. La unidad superior psíquica que Jung pudo identificar, en su análisis histórico, la denominó el Ser mismo. Su equivalencia en el discurso humano de los mitos, la religión, la teología y la filosofía es el *imago Dei* (la imagen de Dios).

Jung aclara (en Marks, 1966:133):

Aquí vemos el efecto característico del arquetipo: aferra la psique con una especie de poder primitivo y lo obliga a transgredir las fronteras humanas. Causa una exageración, una actitud hinchada (inflación), la pérdida de la voluntad individual, una ilusión y un gran entusiasmo tanto hacia el bien como hacia el mal. Esta es la razón por la cual los hombres (sic) siempre han necesitado a los demonios y no pueden vivir sin los dioses, excepto cierta especie muy astuta del homo occidentalis, que vivió ayer o antier, superhombres cuyo "dios está muerto", porque ellos mismos se han convertido en dioses--pero en dioses de latón, espesos de mollera y fríos de corazón.

Esta obvia referencia a Nietzsche (1993), le sirvió a Jung para poner énfasis sobre el hecho de que la necesidad de Dios es una función psicológica de naturaleza irracional, que nada tiene que ver, en el fondo, con la existencia de Dios, ya que la racionalidad humana no puede aportar pruebas sobre la existencia de Dios. La misma idea de un Dios todopoderoso y presente en todas partes, es, por sí misma, una idea irracional.

De igual forma, a como esta unidad total psíquica en el ser humano se asemeja a la idea suprema de un Dios, ese arquetipo protagoniza resultados

psíquicos correspondientes. Para el individuo que lo experimenta, adquiere las proporciones de una fuerza divina y es uno de los legados estampados en las esferas íntimas personales más antiguos de los que tiene noticia la humanidad. Pero, todo lo que es arquetípico individual, adquiere proporciones sociológicas cuando se comparte en sociedad con los semejantes y resulta en cultura. Los ídolos, fetiches, dioses y demonios a los que con tanto brío nos dedicamos en la vida cotidiana (los reconozcamos como tales o no), se nutren de nosotros mismos, de la energía que brota de cada uno. No son sino meros reflejos de las experiencias tan antiguas que yacen estampadas en lo profundo de la psiquis humana. Cada nueva sociedad elabora los viejos temas de nuevo, tan sólo para llegar a las mismas encrucijadas otra vez. Lo valioso del proceso, no es tanto la unanimidad de la respuesta, sino la continuidad de la preocupación. El propósito para la vida, yace en las tareas que se llevan a cabo para encontrar la respuesta de la indagatoria iniciada por las interrogantes, no en el encontrar la respuesta en sí (Rader, 1969).

También hizo notar Jung, que debido a que todo ser humano ha sido procreado por un macho y una hembra, estas últimas características psíquicas son, también, dos de los principales arquetipos constitutivos de la psiquis humana. Al aspecto femenino de la energía psíquica, Jung la denominó Anima, y al masculino Animus. Ambos términos tienen su origen en el griego antiguo, para referirse al viento o al aliento. Aquello invisible que sólo puede ser detectado por sus efectos, pero que moviliza, dinamiza y que presta su energía.

Estos dos arquetipos, Anima y Animus, son complicados de reconocer, porque se visten de los atuendos de las proyecciones que llevamos a cabo sobre las personas que conocemos, que son del género opuesto al nuestro. El hombre, sobre la mujer, proyecta su Anima; la mujer, sobre el hombre, proyecta su Animus. De es-

te modo, nos sentimos atraídos y repelidos por el opuesto, sin darnos cuenta que la fuerza de atracción y de repulsión, con frecuencia, se origina en nosotros mismos.

Inmerso en el océano del Ser mismo, el arquetipo supremo, como si fuera un sol en una galaxia plena de otras constelaciones, emerge el "yo" (ego). Para Jung, el "yo" es uno de los tantos complejos que experimenta el ser humano, pero, se comete un error bastante serio, cuando el individuo llega a pensar que el "yo" es el astro principal del universo, cuando en realidad, es tan sólo un fenómeno temporal, relativo, finito y limitado. Es una mera estrella fugaz que cruza el firmamento, teniendo su orto y su ocaso, su cenit y su nadir.

A semejanza de la naturaleza, donde todo destello luminoso produce una sombra, en la psique humana, el fulgor del "yo" produce la Sombra. Es un depósito de contenidos psíquicos, resultantes de la represión que el "yo" efectúa sobre el flujo de la energía en la psiquis.

Para Frieda Fordham (1954:21), "*La represión significa más o menos un acto deliberado y del retiro continuo de la atención, de tal modo que el pensamiento, los sentimientos o el acontecimiento son expulsados de la consciencia, sin que podamos invocarlos a la memoria de nuevo*". Es como una amnesia temporal que nos permite seguir funcionando de cara al devenir de la vida, olvidándonos de las cosas desagradables y los rasgos de nuestra personalidad que nos disgustan. Pero, como en la psiquis humana, nada muere para siempre y, debido a un designio misterioso, algunos de esos contenidos vuelven a la superficie y son recordados de nuevo. Muchas veces a mitad de la vida, se protagonizan de nuevo estas memorias guardadas.

Para Jung, este depósito de memorias reprimidas, o sea la Sombra, es el maestro que nos enseña valiosas lecciones éticas y morales, porque, pre-

cisamente, consiste de todos aquellos rasgos y aspectos de nosotros mismos, que nos rehusamos a admitir que poseemos.

En su enfoque terapéutico, Jung trató de entrenar a sus analizados para que le otorgaran el valor de una persona a la Sombra. Les enseñó a dialogar con ella y enfocar a ese rasgo de la psique, como a tantos otros rasgos de la psique, con reverencia, porque ahí yace acumulado la experiencia de la vida: todo aquello que nos causa dolor o vergüenza admitir.

La devaluación de la vida que experimentan los humanos modernos, es parte de la razón de las profundas crisis existenciales. Se han apartado de sí mismos y han perdido la autenticidad de sus vivencias, al encontrarse inmersos en un mar de mentiras. Socavados por las arenas movedizas de la falsedad, al decir de José Ortega y Gasset (1956), se ven "alterados", o sea, en un vivir no desde sí mismos, sino desde "lo otro", o sea, la enajenación de la propia vida y el parasitarse de la ajena.

Más allá de la media vida

Uno de los hitos que marcan un cambio acentuado en la vida de los humanos, tanto cualitativo como cuantitativo, es la "crisis de la media vida", que acontece a edades cronológicas muy diversas, pero generalmente después de los treinta años de edad. Esta crisis está marcada por el hecho característico de que todos los embustes que he fabricado brotan a la superficie, aprovechándose de algún agrietamiento en el "yo". Jung sospechaba que en el trasfondo de este proceso tan particular, yace el miedo a la muerte, la mayor incertidumbre de todas, especialmente cuando no nos hemos podido reconciliar con el "más allá".

La crisis de la media vida me obliga a buscar de nuevo los principios sólidos de los que me había apartado y de los que me encuentro enajenado. Un muro de esas proporciones, obliga al in-

dividuo a regresar y lanzar una mirada interna, retrospectiva, muchas veces para encarar rasgos y aspectos de sí mismo que había evitado sistemáticamente enfrentar. El ignorarlos en el pasado no causó que se desvanecieran, sólo que se hundieran en el fango, tan sólo para brotar como una flor de loto, con todo el esplendor de una tarea que nos llama a dotar nuestra existencia de sustancia y no sólo de apariencia.

No puede haber un ser humano sin ética y sin moralidad. La existencia humana, en cuanto a sus pensamientos, sentimientos, sensaciones e intuiciones, representa una plétora de dilemas valorativos. La misma energía de la psiquis, es un valor que le da forma a la manera como experimentamos la vida misma.

Pero, según Jung, no podemos vivir a expensas de nuestras bellaquerías y embustes, porque no hay peor tragedia que la del individuo que cree su propia propaganda. La primera mitad de la vida está dedicada, sin darnos cuenta, al instinto. Nos dedicamos a formar una familia. Comprometemos nuestros recursos para alcanzar una posición social que le permita a los críos, como si fuera una madriguera, la protección de la supervivencia y la continuidad de la especie. Para alcanzar estas metas, la naturaleza orgánica del ser humano lo orienta y guía.

La segunda mitad de la vida está dedicada a propósitos culturales. Para alcanzar estos logros, casi nada o nada, puede ayudarnos. En palabras de Jung (en Marks, 1966:136): *"Esto es lo que hace la transición desde la fase natural hacia la cultural, tan terriblemente difícil y amarga para mucha gente; ellos se aferran a la ilusión de la juventud o a sus hijos, esperando salvar de este modo un desecho de su propia juventud"*.

Sin embargo, muchos de los contenidos psíquicos de la juventud no pueden pasar a través del umbral de la "crisis de la media vida". Como si

fuera una puerta estrecha, no le permite al individuo avanzar, hasta que no reduzca a un tamaño adecuado los acontecimientos de la vida que durante la juventud ocuparon tanto espacio, y que como mobiliario viejo, ahora yace en el sótano o en el desván (en la "panza" o en la "cabeza").

La crisis de la media vida es un llamado de atención para aligerar el equipaje de la vida y viajar hacia la vejez en forma más liviana. De igual forma a cómo Sigmund Freud le puso una atención tan extraordinaria a los acontecimientos psíquicos de la niñez, Jung, quiso dejar por sentado que en la segunda mitad de la vida, también ocurren acontecimientos psíquicos de igual o mayor importancia que los de la niñez.

La segunda mitad de la vida debe entenderse por sí misma, sin hacer acopio a los problemas existenciales de la niñez. Porque si la crisis de la media vida tiene algún valor significativo y simbólico, es el de asistimos a despedirnos, de una vez por todas, de los traumas de la niñez y de integrarlos en forma fructífera al mundo total de nuestra experiencia. Para Jung, muchos problemas de la vida no tienen solución, no importa cuanto nos devanemos los sesos buscando una respuesta a las interrogantes. Esos problemas de la vida, tan sólo se superan por medio de la trascendencia. El movilismo, la fluidez, el dejar pasar y la diligencia en cambiar hacia una nueva etapa, son los requisitos que asisten al individuo a lograr una nueva dirección, para adaptarse a las condiciones que la vida demanda.

Sin perder de vista, tal y como lo dialogaron Platón y Aristóteles en su propia época, que el individuo se mueve entre asuntos esenciales y fundamentales, por un lado, y por el otro lado, con relativismos cambiantes. Tales cosas como la verdad, la justicia, el amor, el odio, la mentira, la sinceridad, el engaño, lo superior e inferior y otras tantas, son fundamentos esenciales. Tales cosas como las opiniones y las circunstancias, son

cambiantes y temporales. El individuo que llega a los cincuenta años y no ha aprendido la esencia de esas relatividades, todavía está a tiempo de reflexionar sobre ellas antes de morir. Todo joven que tuvo experiencias traumatizantes con las figuras adultas, corre el riesgo de no querer llegar a ser adulto. Pero, la vida sigue su camino inexorable, como el sol en el firmamento. El ocaso de la vida se anuncia y tarde o temprano nos percatamos de nuestra temporalidad, del atardecer. Y un día nos damos cuenta de que ya somos lo que de niño detestábamos: un adulto. No tenemos otro remedio que reconocer que ya hemos cumplido treinta y cinco años, cuarenta, cincuenta, sesenta y que el tiempo no ha pasado en vano y que hemos cambiado, aun en contra de nuestra voluntad. Aunque nos aferremos al pasado con desesperación, Este arriesga hundirnos, conforme nos alejamos en nuestro periplo por el firmamento. Porque así como la tierra es curva y los objetos remotos se hunden en el horizonte, de igual forma, tenemos que mirar hacia el horizonte que se acerca y, no tanto al que ya dejamos atrás. En la vejez, sólo tenemos dos alternativas: odiarnos tal y como detestábamos a nuestras figuras paternas, o amarnos y aceptarnos por lo que somos, perdonando a la figuras paternas--cuando éstas han de ser perdonadas. Los actos de perdón, son reconciliaciones con nosotros mismos y no tanto con los sujetos de nuestra discordia.

Verdades tan sencillas como Esta, están dichas en cruentos libros sagrados de todas las culturas, como el Bhagavad-Gita de la India, el I Ching de la China o el Talmud de los Hebreos, donde reza: "Si yo tomo el lugar de otra persona, ¿quién tomará el mío?"

Es obvio que no puede ser nadie más, excepto yo mismo y mi circunstancia, como argumentó Ortega y Gasset.

El reconocer que hay muchos factores ajenos a la voluntad que afectan el curso de nuestras vidas, es una píldora muy amarga de tragar para muchos, que aferrados al egocentrismo de la niñez, se han rehusado a crecer más allá de sus límites y, lamentablemente, se han visto confinados a la pequeña visión del universo que significa el propio sol de su ego y no el cosmos de la galaxia completa.



Los símbolos de transformación

En 1912, C.G. Jung publicó su famosa obra, *Símbolos de transformación* (1976), con la cual rompía oficialmente con el Círculo de Viena que habían constituido los seguidores de Freud.

En esta obra, Jung argumentó que, *"Por medio del pensamiento fantástico, el pensamiento directo entra en contacto con las capas más anti-guas de la mente humana, que yacen*

enterradas desde hace mucho tiempo debajo del umbral de la consciencia".

La tesis central de Jung en esta obra es que el pensamiento fantástico, contrario a lo que la mayoría de la gente se imagina, contiene el dilema de un problema inmediato doloroso que experimenta el individuo. Los contenidos fantásticos se "despiertan" en respuestas a vivencias que experimenta el "yo" consciente. La relación entre la consciencia y la inconsciencia es reguladora, como resultado de la función de los opuestos.

En los sistemas autorregulados, como es el caso del ser humano, la oposición entre consciencia e inconsciencia, determinan los límites hasta donde puede llegar una de las polaridades de la energía psíquica.

Pero, si el ser humano se aferra a las ilusiones que discrepan con la realidad--argumentó Jung--entonces los problemas se hacen notorios. No siempre los problemas surgen de afuera, pueden ser conflictos internos. En palabras de Jung, "Algo en nosotros desea permanecer como un niño, ser inconsciente o, por lo menos consciente sólo del ego; rechaza toda cosa extraña, o trata de avasallarlo a la voluntad; o no hacer nada, o darle

rienda suelta a nuestro apetito por el placer y el poder" (Jung en Campbell, 1982:10).

Por eso, unos humanos huyen del pasado, buscando el futuro y otros renuncian al futuro, refugiándose en el pasado. Es durante la segunda mitad de la vida que la reconciliación de esta encrucijada es encontrada, con las asistencia que ofrecen los símbolos que emanan del inconsciente colectivo, o sea, del acervo genético que ha sido la herencia de la evolución hu-

Los acontecimientos humanos son relativos, porque descansan sobre una polaridad que es necesaria, para la producción de la energía. Por eso, los humanos expresamos esa condición existencial por medio del lenguaje paradójico.

Es absurdo regresar a la niñez y querer volver a ser niños. La infantilización que se hace de los viejos es un lamentable error, que sólo se puede entender en virtud del deseo que tie-

nen algunas personas, de sobresalir como figuras de autoridad, como si fueran poderosas figuras paternas, dominando a los viejos.

Los rasgos típicos de la primera mitad de la vida, tales como la fortaleza del instinto y el papel dominante de las figuras paternas, no tienen cabida en la segunda mitad de la vida. La rigidez de los valores que muestran algunos viejos, es indicativa del miedo que sienten de perder esos valores, ya

que los defienden como si éstos estuvieran amenazados. La concepción relativa de la vida, de entender su mañana y su atardecer, y los valores que acompañan a cada etapa, sirven para emancipar al ser humano de todo dogmatismo. El resultado positivo es que, por lo menos, el viejo aprende a adaptarse a los cambios propios de la vejez con flexibilidad.

Conclusión

La gerontología, la disciplina especializada que estudia el envejecimiento, tiene que ser interdisciplinaria, porque el fenómeno mismo del acontecer del envejecimiento, es multidimensional. Son muchas las variables que inciden sobre dicho proceso.

Para el trabajador social, la comprensión del papel que juega la crisis de la media vida es de gran relevancia. Primero, porque muchas veces el propio papel profesional del trabajador social es de mayéutica (partera o comadrona). La crisis de la media vida es el nacimiento psíquico hacia la madurez, labor en que muchos individuos demandan ser asistidos, porque sufren de problemas de una placenta emocional que no los deja avanzar emancipados hacia la segunda mitad de la vida.

Segundo, porque en nuestra cultura, la crisis de la media vida no ha sido comprendida adecuadamente, en relación a la importancia que reviste para el ajuste individual a los cambios orgánicos y psicológicos debidos al envejecimiento.

Bibliografía

Campbell, J. (Ed.) 1982 *The Portable Jung*. New York, Penguin Books.

Fordham, F. 1954 *An Introduction to Jung's Psychology*. Melbourne, Inglaterra, Penguin Books.

Hidalgo González, J.G. 1996 "La crisis de la media vida; Una contribución conceptual", primera y segunda parte, *Revista Reflexiones*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica, Nos. 51 y 52, Octubre y Noviembre.

Jung, C.G. 1976 *Symbols of Transformation; An Analysis of the Prelude to a Case of Schizophrenia*. Princeton, N.J., Princeton University Press.

Jung, C.G. 1983 *Alchemical Studies*. Princeton, N.J., Princeton University Press.

Jung, C.G. 1989 *Memories, Dreams, Reflections*. New York, Vintage Books.

Marks, R.W. (Ed.) 1966 *Great Ideas in Psychology; The Most Significant Writings of the Founders of Modern Psychology*. New York, Bantam Books.

Nietzsche, F. 1993 *El ocaso de los ídolos*. Madrid, M.E. Editores.

Ortega y Gasset, J. 1956 *El hombre, un falsificador*. Madrid, Editorial Alianza.

Rader, M. 1969 *The Enduring Questions; Main Problems of Philosophy*. New York, Holt, Rinehart and Winston.